CUENTOS Y RELATOS DE MI NIÑEZ Y JUVENTUD



Alfonso Enriquez Palao

Dedicatoria

Dedico este libro a mis nietos, Leónidas Enríquez Cisneros y Valentina Enríquez Young; a mi hijo, Daniel Enríquez Documet; y a mi hermano, Denny Enríquez Palao, por sus sugerencias oportunas y su presencia luminosa.
A toda mi familia, y a los amigos que compartieron conmigo juegos, silencios y aprendizajes, y que, con su afecto, inspiraron estas páginas.
Al general Orlando Tafur y a su hijo, Orlando Tafur Documet —abogado, escritor y periodista— por su entusiasmo generoso y su valiosa ayuda en la presentación y publicación de esta, mi primera aventura como escritor.
Al Dr. Ignacio Merino, autor peruano laureado, por leer con el alma y sugerir con sabiduría este flipbook que ahora comparto con ustedes.

https://youtu.be/DJll2NNlVP4?si=Hyf_6QQnqJmGlAXC



Cuentos y Relatos de mi Niñez y Juventud

Prólogo

Estas páginas recogen momentos que dejaron huella en mí a lo largo de mi niñez y juventud, vividos entre los años cuarenta y mediados de los sesenta.

Fue una época marcada por ecos lejanos de la Segunda Guerra Mundial y por las voces que llegaban desde una radio de onda corta sintonizada con La Voz de América.

Recuerdo con nitidez el terremoto del 40 que devastó Chorrillos, nuestro barrio, cuando yo tenía apenas cuatro años y medio.

Eran tiempos en los que los juguetes se hacían. Era mucho más divertido hacerlos o inventarlos que adquirirlos. El “run run” lo armábamos con tapas de soda aplanadas en los rieles del tranvía, y salíamos desafiantes cantando: “No hay gallo para mi pollo, mi pollo”. Las cometas con hojas de afeitar en las esquinas, la kimbomba yucateca, mejicana, los boleros… todos eran protagonistas de una infancia que respiraba ingenio, juego y comunidad.

Jugábamos partidos de fútbol callejero entre los equipos de barrio como el Saca Chispas y el Saca Ronchas, con jugadores apodados el chino, el cachaquito, pecorines —por su inconfundible aroma—, el chueco…

También se entretejen aquí experiencias escolares, religiosas y sociales: celebraciones más elaboradas, aprendizajes formales e informales, descubrimientos íntimos.

Comparto estas memorias con el propósito de que sirvan como guía, compañía o espejo para quienes las lean. Exponerlas es también una invitación a reflexionar sobre la propia historia, a buscar sentidos en las trayectorias personales.

En cada relato hay una inteligencia distinta, como propuso H. Gardner: musical en los boleros, corporal en los juegos, interpersonal en los vínculos del barrio, intrapersonal en los viajes subconscientes descritos por José Silva. La música, como enseñó R. Sciamarella, no solo ambienta estos recuerdos, sino que los convierte en emoción compartida. Y como sugirió Ch. Darwin, cada experiencia fue una forma de adaptación, una evolución silenciosa hacia lo que hoy soy.

Este libro también recoge el tránsito entre etapas humanas: la dependencia de la infancia, la independencia de la juventud, y la interdependencia que hoy valoro, como enseñó S. Covey.

Las historias aquí narradas no son solo personales: son parte de una sinfonía colectiva, donde cada lector puede encontrar sus propias notas, sus propios ritmos.

La publicación de este libro busca tender puentes entre generaciones, facilitar la memoria compartida y provocar una reflexión colectiva sobre la riqueza de lo vivido.

Porque como bien advierte Andrés Oppenheimer, el futuro exige creatividad, ética y educación. Y este pasado —al compartirse— puede encender una chispa, iluminar un rincón olvidado, o simplemente acompañar.

Que estas páginas sean eso: compañía, memoria y luz. Y también una invitación a evolucionar, a crear, a vivir con propósito.

Indice

Portada

Dedicatoria Pag. 3

Prólogo Pags. 5, 6

Índice Pag. 7

Mi Primer Amor, caratula Pag. 8

Mi Primer Amor, cuento Pags. 9, 10, 11

Mi Primera Comunión, caratula Pag. 12

Mi Primera Comunión, cuento Pags. 13, 14, 15, 16

El Matarrata, caratula Pag. 18

El Matarrata, Cuento Pags. 19, 20, 21, 22

Mis Viajes Transespaciales, caratula Pag. 24

Mis Viajes Transespaciales, cuento Pags. 25, 26, 27, 28

Mis héroes, caratula Pag. 30

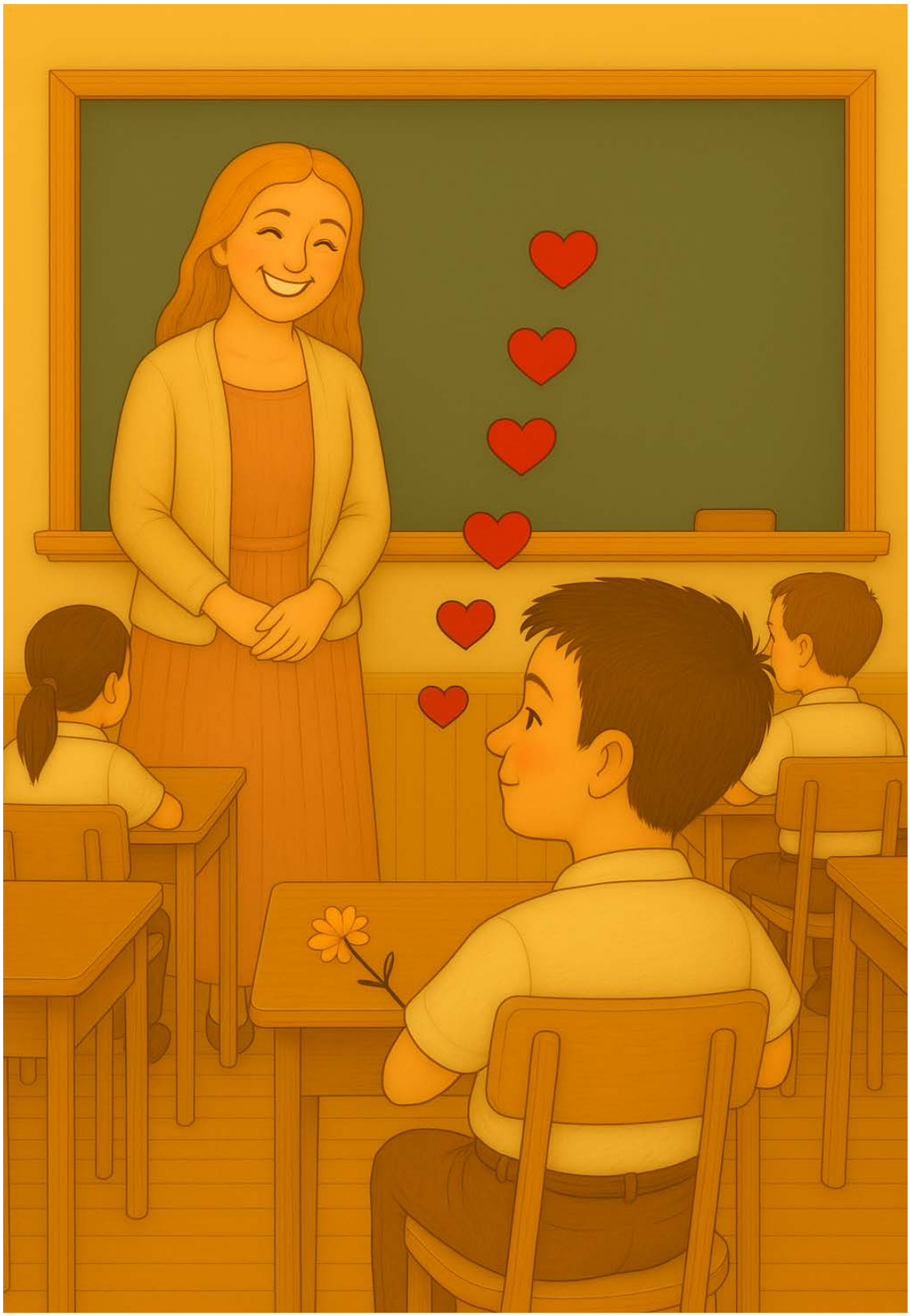
Mis héroes, cuento Pags. 31, 32, 33, 34

Que aprendí en el Colegio Militar Leoncio Prado, caratula Pag. 36

Que aprendí en el Colegio Militar Leoncio Prado, cuento Pags. 37, 38, 39

Epílogo Pag. 40, 41

Información acerca del Autor Pags. 43, 44, 45



Mi primer Amor

Mi primer Amor

Me levantaba tempranito, me duchaba, me ponía una camisa limpia, planchaba mi pantalón, me echaba una gomina casera para estar bien peinado, que hacía con la goma de las semillas de los membrillos y gotas de la loción de mi papá, lustraba mis zapatos.

Revisaba mis tareas, tomaba mi desayuno y salía corriendo para sentarme en la primera fila del salón. Y ella, ni me miraba.

Clorinda era una mujer de aproximadamente 25 años, de cabello rubio oscuro y ojos verdes. Tenía una estatura y complexión medianas, y se distinguía por sus piernas bien definidas y ligeramente bronceadas por el sol.

En ese entonces, ingresábamos al colegio a los 7 años, sabiendo leer y escribir, no como ahora que se ingresa mucho más temprano y el requisito es pedir ir al baño, para evitar accidentes en el salón de clase.

Cuando volvíamos al colegio tras el verano y Clorinda nos pedía escribir sobre nuestras vacaciones, yo mencionaba las visitas familiares y paseos, pero también contaba lo que me sucedía, cuándo mis tías venían de Puno a Lima por capacitación, y ellas usaban mi cuarto y yo dormía en el de mi hermana menor.

El primer año, dormía en un colchón en el suelo y como daba muchas vueltas a veces terminaba con el codo en la bacinilla, despertando, tiritando y con el pijama mojado. Cuando Clorinda se la mostró a mi mamá, ella, apenada pero agradecida, me compró un catre plegable.

El siguiente año mencioné que mi estadía en el cuarto de mi hermana mejoró mucho, porque luego que aprendí a usar la cama, esta no se plegaba conmigo dentro y yo ya no me sentía como si yo fuera el contenido de un sándwich.

Ese invierno trajo consigo algo inesperado**.** Mi abuelita le envió a mi papá un ropero de madera, enorme y misterioso, con compartimentos secretos —doble fondo, techo escondido— que terminó en mi dormitorio, por ser el más grande de la casa.

Muy pronto, el ropero se volvió mi refugio favorito: me ocultaba dentro con una pequeña lámpara, lejos de las tareas o encargos, y me sumergía

en las revistas *Selecciones* que papá solía traer. Algunas veces, compartía fragmentos durante la comida, y lograba sorprender a todos con datos curiosos o anécdotas.

Pero lo más peculiar era lo que ocurría por las noches: una de sus puertas se abría sola y rechinaba levemente. No me asustaba. Era mi ropero, y su quejido nocturno parecía saludarme, como si supiera que yo lo cuidaba desde dentro.

El verano siguiente trajo un giro curioso. Cuando mis tías regresaron, volvieron a mandarme al "sándwich" —la cama colapsable en el dormitorio de mi hermana—.

Pero algo fue distinto esta vez: solo pasé tres noches allí antes de recuperar mi cuarto. Las tías no podían dormir. Les inquietaba el ropero de la abuela —sus puertas que se abrían solas, sus rechinidos nocturnos—. A mí, nunca me molestó. Era parte de su carácter, como si respirara en la oscuridad. Pero lo que más me sorprendió fue su miedo. Me quedé pensando: *¿Qué le habrían hecho a mi abuelita para que le tuvieran tanto miedo a su ropero?*

Una pregunta que aún murmura entre las tablas de aquel mueble, como un secreto sin nombre.

El año siguiente tuvo un tono melancólico. Me cambiaron de colegio, y con ello cambio la rutina que incluía ver a Clorinda. Ya no coincidíamos, y eso me entristecía.

Sin embargo, algo me reconfortó profundamente: cada vez que mi mamá se encontraba con ella, Clorinda preguntaba por mí. Eso me hizo pensar que había leído la nota que, tiempo atrás, dejé en su cartera. Un mensaje que no tengo intención de revelar —primero, porque no recuerdo con certeza lo que decía, y segundo, porque sospecho que hablaba de cariño, quizás incluso de matrimonio. Un impulso sincero, entre papeles doblados y emociones de infancia.

Moraleja:
Infatuarse, según los psicólogos, es encariñarse sin connotaciones sexuales. Es una vivencia emocional transitoria, común en la infancia y adolescencia, que merece ser abordada con respeto y comprensión. Si Se desatiende, puede convertirse en una confusión que enturbie futuros vínculos afectivos.

En etapas de mayor intensidad como la adolescencia, donde la admiración puede mezclarse con figuras de autoridad, es fundamental que la familia ofrezca un espacio de escucha sincera. Si el sentimiento causa malestar o distancia, la ayuda de un psicólogo puede brindar claridad y preservar el vínculo familiar.

Espero que este cuento te haya gustado y enseñado tanto como a mí al escribirlo.

Alfonso



Mi Primera comunión

Mi Primera comunión

Corría la década de los cuarenta. Yo era un niño de colegio católico en Barranco, aún sin saber que las metáforas del clero podían perforar la infancia como cuchillos envueltos en incienso.

Durante cuatro semanas nos prepararon para recibir el sacramento más puro: la Primera Comunión. Pureza que exigía sacrificio. Ayunar por doce horas, sin una sola migaja que profanara el cuerpo antes de recibir a Dios.

Y si quebrantabas esa regla —nos decían los curas con el fuego en la voz— terminarías *en el infierno con ropa y todo*. Esa frase me marcó más que cualquier versículo. El infierno, lo entendía; pero con ropa, ¿por qué? ¿Acaso desnudo se podía escapar del castigo?

La familia organizó el evento como si fuera una coronación celestial. Mi atuendo especial fue cuidadosamente preparado: terno negro, camisa blanca almidonada, corbata michi que me apretaba la garganta como un juramento silencioso, zapatos negros de charol que me hacían andar como si pisara vitrales, libro de misa que no comprendía del todo, rosario brillante y resbaloso, cinta blanca para el brazo —signo de pureza recién adquirida— y un cirio que debía sostener como antorcha olímpica sin parecer que me quemaba.

Me veía como un adulto diminuto, disfrazado de solemnidad. Pero por dentro era solo un niño hambriento y nervioso, preguntándose si un sorbo de leche al despertar contaba como pecado mortal.

Mientras tanto, en casa, el evento comenzaba a envolver la familia en un ceremonial paralelo. Semanas antes, tuvimos una reunión familiar. Mi madre, emocionada, anunció en voz alta: *“Alfonsito hará su primera comunión y necesitará zapatos negros de charol”*.

Ese comentario despertó la mirada luminosa de mi tío Leopoldo, un hombre alto, de pelo ondulado y ojos verdes, que tenía una fábrica de zapatos y un aire de artista del cuero. En esa cena, entre risas, tazas de café y bizcochuelos, los zapatos se volvieron tema central. No eran solo calzado, eran parte del rito, como el cirio o el rosario.

Llegó el día y no había zapatos nuevos de charol. Tenía un par bien usado y uno estaba destapado. Al contemplarlos esa mañana, sentí la punzada del desencanto, pero también el fuego de la solución. Me dije en voz baja, como quien ofrece un pacto secreto al universo: *“Si los*

lustro bien con pomada y saliva, y le pongo un chicle entre la suela y el zapato, todo estará bien, sobre todo si camino con cuidado”.

La capilla del colegio lucía elegante ese día: flores frescas y cintas adornaban el altar y las bancas. Los estudiantes nos ubicábamos al frente, alineados como tropas de ángeles, mientras padres y parientes ocupaban la parte posterior, expectantes y emocionados.

La misa transcurrió sin percances, ceremoniosa y solemne, hasta llegar al momento de la comunión. Se había dispuesto que nos acercaríamos en parejas, saliendo uno de cada lado de la iglesia, como en una coreografía sagrada

Yo salí por la derecha y mi amigo Moya por la izquierda. Nos arrodillamos frente al sacerdote.

Yo recibí la comunión primero, con el corazón latiendo como tambor ceremonial, sabiendo que mi zapato viejo y mi chicle cumplían su parte en el rito. Luego fue el turno de Moya. Pero él no abría la boca.

Entre dientes, como si confesara un crimen sin pruebas, murmuraba: *“Creo que he tomado desayuno, creo que he tomado desayuno”*. El padre, perturbado por aquel escrúpulo de última hora, insistía: *“Abre la boca, abre la boca”*. Y Moya, repitiendo su mantra de culpa infantil, mantenía la boca cerrada como quien protege su alma.

Finalmente, tras un forcejeo verbal cargado de resignación, el sacerdote decidió actuar: cuando Moya volvió a decir *“creo que he tomado desayuno”*, el cura, con la destreza de quien practica exorcismos suaves, le introdujo la hostia directamente en la boca.

Él, llorando, y yo, asustado, giramos para reunirnos con nuestros padres. Al hacerlo, nos tropezamos. Y entonces —como si el cielo decidiera añadir una última prueba— se me destapó la suela del zapato.

El espectáculo fue penoso para nuestros padres… y gracioso para el resto de los presentes. Moya caminaba llorando con la cara entre sus manos, como quien lleva su penitencia al altar del perdón; y yo, como un caballo ceremonioso, tiraba el pie derecho hacia adelante para que la suela se mantuviera plana al tocar el piso, produciendo un ruido peculiar, una suerte de clop-clop teológico.

Después de ese memorable incidente, finalmente llegamos a nuestros padres. Luego, llego el momento de la foto del grupo, en las escaleras de mármol a la salida de la capilla, en ella a todos se no ve muy bien trajeados, a Moya aun acongojado y a mí en la fila superior en el extremo derecho con el pie derecho sobresaliendo del escalón y el zapato destapado

La celebración en casa fue cálida y festiva, como un abrazo colectivo. La mesa resplandecía con dulces, bocadillos y una gran torta decorada con cintas celestes. Entre risas y felicitaciones, la conversación giraba en torno a los momentos más divertidos de la misa, y por supuesto, al inesperado episodio del zapato que había desatado simpatía, preocupación y promesas.

Mi mamá, después de asegurarse de que estuviera cómodo, se convirtió en anfitriona amorosa. Mi abuelita, con una mirada suave y pausada, me entregó un pequeño estuche con un rosario de plata que había pertenecido a su madre: era un gesto de continuidad, de fe que atravesaba generaciones. Mis tías, con sus abrazos largos, me regalaron un libro de oraciones con mi nombre grabado en letras doradas: una forma de bendecirme con palabras que me acompañaran.

Mi tío Leopoldo, aun visiblemente apenado por el zapato extraviado, me prometió un par de charol de su nueva colección, palabras que se cumplieron muchos años después… el día que me casé. Al recibirlos, recordé aquella fiesta, aquella mesa, aquel día en que me sentí querido y especial, incluso con un solo zapato.



Moraleja:

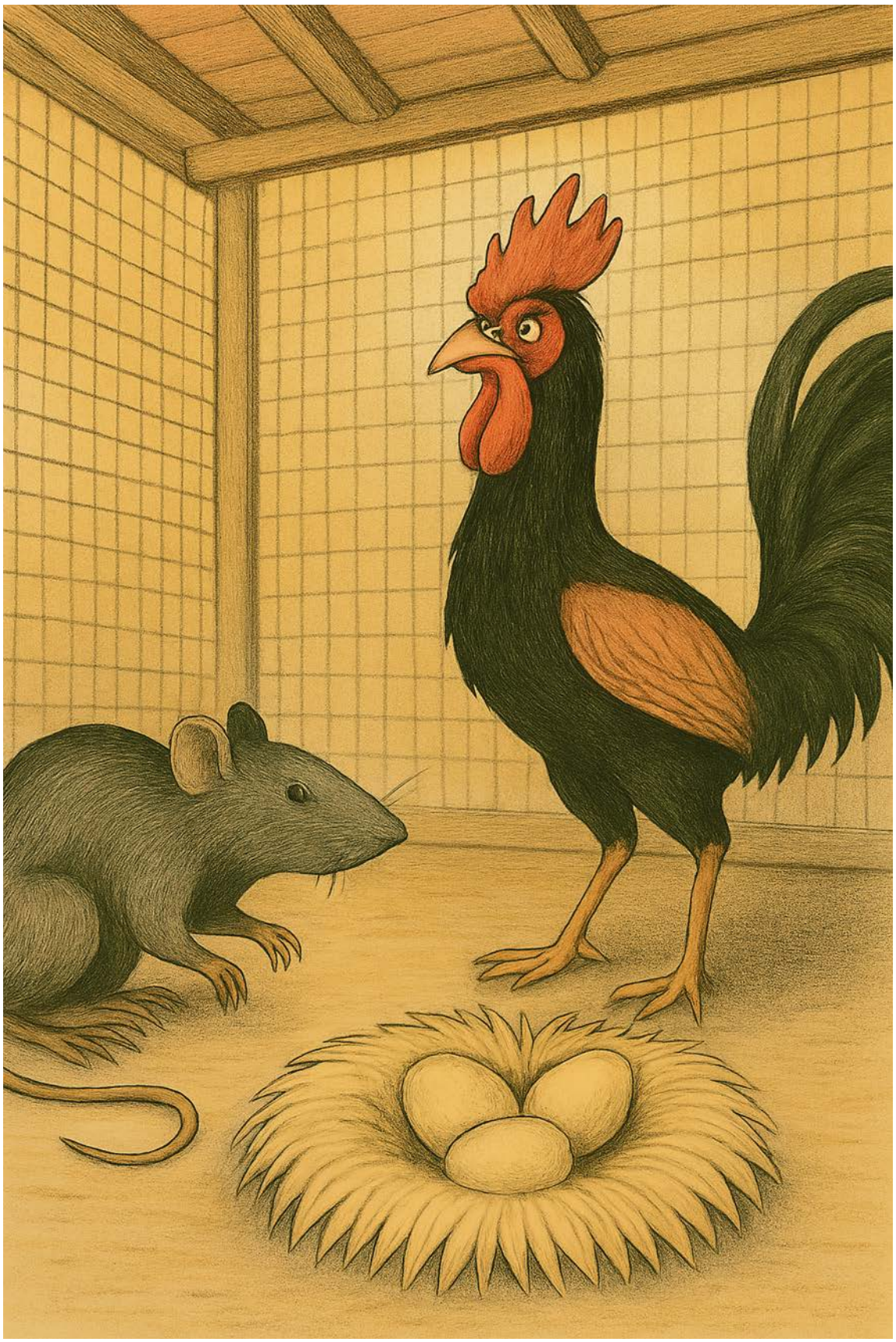
A veces basta un zapato destapado para que se desate una cadena de afectos, promesas y regalos inolvidables. Porque lo que nos falta revela quién está dispuesto a llenar ese vacío con cariño verdadero.
Y aunque la celebración terminó entre dulces, risas y nuevos zapatos, lo que quedó fue una lección sobre la confianza, el cuidado y el valor de distinguir entre la fe profunda y los discursos vacíos.
Quien bien se prepara no pasa malos ratos… y quien piensa por sí mismo, no se deja engañar ni por sotanas ni por discursos políticos. Porque creer en Dios no exige cerrar los ojos, sino abrir el corazón y el pensamiento.

Espero que este cuento les haya gustado y aprendido algo de él.

Gracias por su atención

Alfonso





El Matarrata

El Matarrata

Señora Blanquita, le traigo un regalo para Maricita por su cumpleaños, ahora no es gran cosa, pero cuando crezca les dará más de una sorpresa.

Fueron las palabras de Amalia la vecina que vivía al frente de casa. Amalia extendió el paquete envuelto en un trapito blanco, con una mezcla de misterio y promesa en su voz. La Señora Blanquita, mi madre recibió el regalo con delicadeza y se lo agradeció.

Vivíamos en Barranco, un pueblo limeño con mucho que contar en camino hacia el balneario de Chorrillos, Amalia vivía al frente de nosotros, en una casa rústica, en un canchón muy grande y entretenido, porque tenían una granja con animales domésticos de todo tipo y un huerto muy colorido con aromas muy agradables y otros diferentes como los que emanaban de los corrales de los animales.

Nosotros también teníamos un gallinero con pollitos, gallinas de varias razas y un gallo que mi mamá y yo cuidábamos.

Maricita, en ese entonces tendria unos tres añitos, trataba su regalo, un pollito insignificnte, como si fuera su hijo, lo envolvía con pañuelos, le preparaba su comida, lo bañaba, le daba de comer y lo acariciaba todo el día, el la seguía por toda la casa, dejando sus tarjetas de visita por todas partes.

Algo que irritaba mucho a mi papá, quien un día dijo, si veo una muestra más de este animalito, vivirá en el gallinero el resto de su vida.

Mi padre, capitán del ejército en esa época era un puneño de mediana estatura, que exigía: Limpieza, orden y puntualidad, quedó huérfano muy pequeño y desde muy temprano aprendió que la educación era la llave para salir de la pobreza y lograr la prosperidad.

Como las muestras del pollito aún persistían, terminó en el gallinero, donde creció como un gallo alto, delgado y fuerte, de mirada inquisidora, con espolones en los tobillos y patas con uñas respetables. Tenía una hermosa cola azul y un plumaje en sus alas y cuerpo de múltiples colores: rojo sangre, azul oscuro, amarillo primaveral, y algo de verde y blanco que lo hacían muy elegante.

Sin embargo, era muy altanero, peleón y territorial. Era, indudablemente, el rey del gallinero y no dejaba entrar a nadie, excepto a mí, quien les llevaba la comida, el agua y limpiaba el corral. Según los vecinos, era un Ajiseco, un hermoso gallo de pelea.

Una noche, alrededor de las 2 de la mañana, sentimos un tremendo ruido que venía del corral. Mi padre y yo nos levantamos rápidamente y fuimos a ver qué sucedía.

Al llegar, encontramos al Ajiseco furioso, con el pico, espolones y patas ensangrentadas, y una rata muerta a sus pies. El gallo, con su mirada fiera y su plumaje erizado, había defendido su territorio una vez más.

La noticia sobre la valentía de Matarrata se esparció rápidamente por el vecindario, como fuego en un campo seco. Muy pronto, los vecinos empezaron a llegar a casa con ofertas. Primero 10 soles y dos gallinas, luego 100 soles y dos gallinas. Mi padre, viendo la creciente demanda, tomó una decisión astuta: "En lugar de vender a Matarrata, venderemos a sus hijos. Pero primero, aprenderemos todo lo que podamos sobre gallos de pelea y luego invertiremos en ello."

Así, comenzó una nueva aventura, la casa se llenó de libros sobre gallos de pelea, guías sobre alimentación, entrenamiento y cuidados especiales. Cada día era una oportunidad para aprender algo nuevo y aplicar ese conocimiento. La familia entera se involucró, y pronto, el corral se convirtió en un centro de actividad y aprendizaje.

Con ese plan en mente mi padre y yo que tenía unos 10 años construimos un gallinero perfecto sobre piso de ladrillo pastelero muy fácil de limpiar, con olor a madera fresca, mayas de alambre limpio, una segura puerta, con un amplio comedero y bebederos, Además tenía cajones con paja, los nidos donde la futuras madres podrían poner e incubar sus huevos, una escalinata de palos como ramas de árboles donde dormían las aves que no incubaban y el MR tenía un escalón muy particular desde donde controlaba su harem.

Trabajamos y terminamos el corral como en un par de semanas, cuando mi padre regresaba del trabajo y yo de la escuela, fueron unos días maravillosos construir ese ambiente con mi papá.

Cuando todo estuvo listo, mudamos al ají seco y sus catorce hermosas gallinas al nuevo gallinero, que, según mi padre y sus libros, era el número adecuado de hembras para nuestro proyecto.

Allí estuvieron muy cómodos y bien cuidados, pero nosotros tuvimos que acostumbrarnos a un nuevo nivel de ruido con los cacareos de las gallinas al poner sus huevos y aceptar los requerimientos amorosos de MR, que además las mantenía en orden. Ya estábamos acostumbrados al canto de MR a las cinco o seis de la mañana, cuando nos anunciaba el nuevo día, pero ahora había una sinfonía de sonidos que nos acompañaba cada día.

Tomó alrededor de seis meses ver los resultados de la ponedera de los huevos, su incubación y el crecimiento y desarrollo de las aves. No fue tan difícil diferenciar los gallos de las gallinas, ya que los machos se parecían al MR y tuvimos que venderlos antes de que pelearan y se mataran entre ellos. Las hembras, por otro lado, lucían como sus madres.

Esta evolución fue algo interesante y espectacular, observando cómo cada ave mostraba características únicas, pero también familiares.

Desafortunadamente, el desempeño de la primera camada de los hijos del MR en los coliseos de Surco no fue muy exitoso, lo que hizo resurgir el interés por comprar al MR.

Afortunadamente, para el proyecto, teníamos en el otro corral una gallina negra, flaca, fea, sin cresta y agresiva, que más parecía gallo que gallina. La llamábamos "la marimacho" (MM).

Era famosa no solo por su apariencia y agresividad, sino porque, de alguna manera, se escapaba del corral, desaparecía por unas semanas y reaparecía con pollitos. Los incubaba en un nido que formaba en una buganvilia, bien protegido por las espinas de esta enredadera hermosa de color rojo que adornaba vistosamente el lugar donde crecía.

Decepcionados por el fracaso de los hijos del MR, pero iluminados por el descubrimiento de que también existían gallinas de pelea como la MM,

decidimos reunir al MR con la MM. Con la ayuda doble de la genética, esperábamos obtener esta vez hijos campeones.

Meses después, los hijos del MR y la MM demostraron tener ADN de campeones en muchas contiendas y fueron muy solicitados. Esto premió nuestros esfuerzos y multiplicó la inversión de mi padre.

Si les interesa saber más sobre el Ajiseco, les contaré que no vendimos más de sus hijos y nos retiramos de ese negocio, por lo que les esperaba a estos hermosos animales en los Coliseos, pero un día que mi madre al entrar al corral, el gallo la volvió a atacar, ella que una arequipeña que no aguantaba pulgas, lo agarró por el pescuezo y MM termino en la olla.

Algo, que todos con lágrimas en los ojos saboreamos, excepto yo, que, por muchos años, cada vez que iba al mercado y veía entre las verduras los colores del ají seco, y gallinas buenas mozas, me acordaba del MR mi gallo campeón, de la MM, una gallina de armas tomar y sus hijos triunfadores.

Sin más que contarles por ahora, espero que esta historia de mi infancia les haya gustado y aprendieran algo.

Moraleja:

“Quien no arriesga no gana”, y “El que quiere puede “, pero estos refranes solo funcionan si surgen de convertir pensamientos en acciones, ser confidente en uno mismo, educarse, y no darse por vencido fácilmente.

Gracias por su atención y si lo desean nos encontraremos nuevamente en otro de mis cuentos de este libro.

Alfonso

PD, un video muy interesante acerca de los gallos y gallinas

https://youtu.be/Q8yOndGKWpA?feature=shared





Mis viajes Intraespaciales

Viajes Intraespaciales: Explorando mi universo interior

Durante mi preadolescencia, mi mundo estaba lleno de héroes: Lolo Fernández, Mauro Mina, Esther Williams, Errol Flynn, superman.

Los coleccionaba en recortes, los admiraba en revistas, los soñaba en colores. También exploraba Barranco y sus alrededores en bicicleta, como si cada calle fuera una pista de despegue hacia lo desconocido.

Pero los viajes más asombrosos no ocurrían en la calle ni en las revistas. Ocurrían en mi mente. Descubrí que, si me concentraba justo antes de dormir, podía reanudar sueños truncados o iniciar otros nuevos. Era como tener acceso a un universo paralelo, donde el subconsciente era mi nave y la imaginación, mi combustible.

Algo que me sorprendió sobremanera fue que me ayudo a lograr predecir los tres primeros puestos de un campeonato sudamericano de fútbol, y gane un terreno en Argentina. No era magia. Era intuición guiada por mi subconsciente que también asombro a mi padre.

Ese periodo de exploración se truncó cuando ingresé al colegio militar. La disciplina, el rigor, la estructura externa apagaron temporalmente mi mundo interno. Dejé de viajar hacia adentro. Dejé de escucharme.

Años después, la meditación y la autohipnosis me ayudaron a reconectar. Aunque no logré repetir exactamente lo que hacía de niño, pero redescubrí que, si me iba a dormir pensando en un problema, al despertar tenía una solución parcial o completa. Mi almohada se convirtió en mi aliada creativa.

Así nació este cuento. Y así entendí que lo que viví no era una rareza, El método Silva lo confirmo en los 60 al demostrar que podemos entrenar el subconsciente para aprender, sanar, crear. Y en los 80 Howard Gardner lo describe como una forma de inteligencia: la inteligencia intrapersonal, la capacidad de conocerse, de reflexionar, de usar el mundo interno para crecer.

La transición de la vigilia, el estado consciente hacia el subconsciente cuando vamos a dormir, meditar o rezar con devoción, el estado alfa del cerebro es una área donde podemos cultivar habilidades,

inteligencias, talentos que nos acercan a la salud, el amor, la prosperidad y el tiempo para disfrutarlos.

Si nuestros hijos, estudiantes o nosotros mismos deseamos o demostramos talentos investiguemos las inteligencias de Garner https://youtu.be/rfiaJZI3nMU?feature=shared para definirlas y desarrollarlas y el método Silva si queremos lograrlas https://youtu.be/bLNiRvRR0T8?feature=shared

Sugerencia para quienes educan, sueñan y despiertan

El momento justo antes de dormir es más que descanso: es una oportunidad.

Una oportunidad para sembrar ideas, resolver problemas, activar talentos.

Ayudemos a nuestros hijos y estudiantes a explorar su universo interior.

Porque allí, en el silencio del subconsciente, podemos sembrar y al despertar ver florecen el efecto de las inteligencias que transforman nuestras vidas.

En el umbral del sueño, la mente despierta,

Silva navega donde el alma se conecta.

Gardner revela que hay más de un saber,

y cada talento es un mundo por florecer.

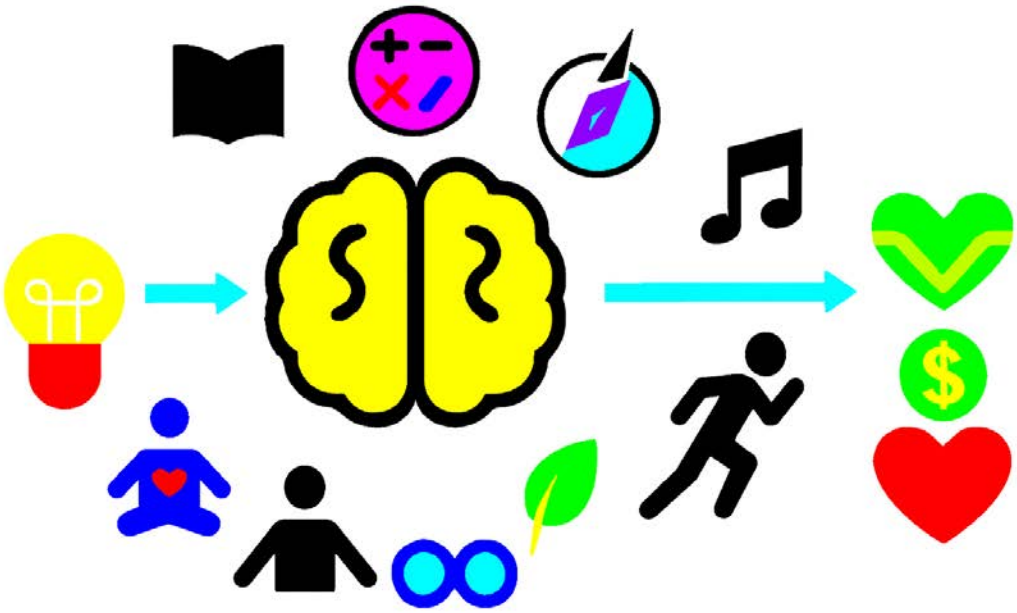
Entre intuición y reflexión profunda,

el universo interior jamás se confunda.

Porque pensar, sentir, crear y sanar,

es también una forma de viajar.

Grafica que simboliza las enseñanzas de Howard Gardner y José Silva



Inteligencias Múltiples de Gardner – Símbolos y Descripción Visual

Léase significados en página siguiente

1. Lingüística: Libro abierto 📖, representa la lectura, escritura, narración y expresión verbal.
2. Lógico-Matemática: signos ➕➖✖➗ evocan el razonamiento lógico, el cálculo y el pensamiento abstracto.
3. Visual-Espacial: Brújula, simboliza la orientación, los mapas mentales y la percepción visual.
4. Musical: Nota musical 🎵, representa el ritmo, la armonía, el tono y la sensibilidad sonora.
5.Kinestésica (Corporal): Silueta corriendo 🏃, evoca el movimiento corporal, la coordinación y la expresión
física.
6. Naturalista: Las hojas, simboliza la observación de la naturaleza, la clasificación y la conexión con el entorno.
7. Interpersonal: Dos personas, representa la empatía, la comunicación y las relaciones humanas.
8.Intrapersonal: Silueta con corazón, evoca el autoconocimiento, la reflexión y la conciencia emocional.
9. Existencial: Infinito o infinito con un punto, representa las preguntas profundas sobre la vida, el universo y el propósito como: ¿Cuál es el sentido de la vida?, ¿Qué hay más allá del universo?, ¿Por qué sufrimos o amamos? El punto negro representa lo eterno, lo ilimitado, lo que trasciende lo tangible y actúa como un fondo neutro, silencioso, que permite que el símbolo destaque sin distracciones.

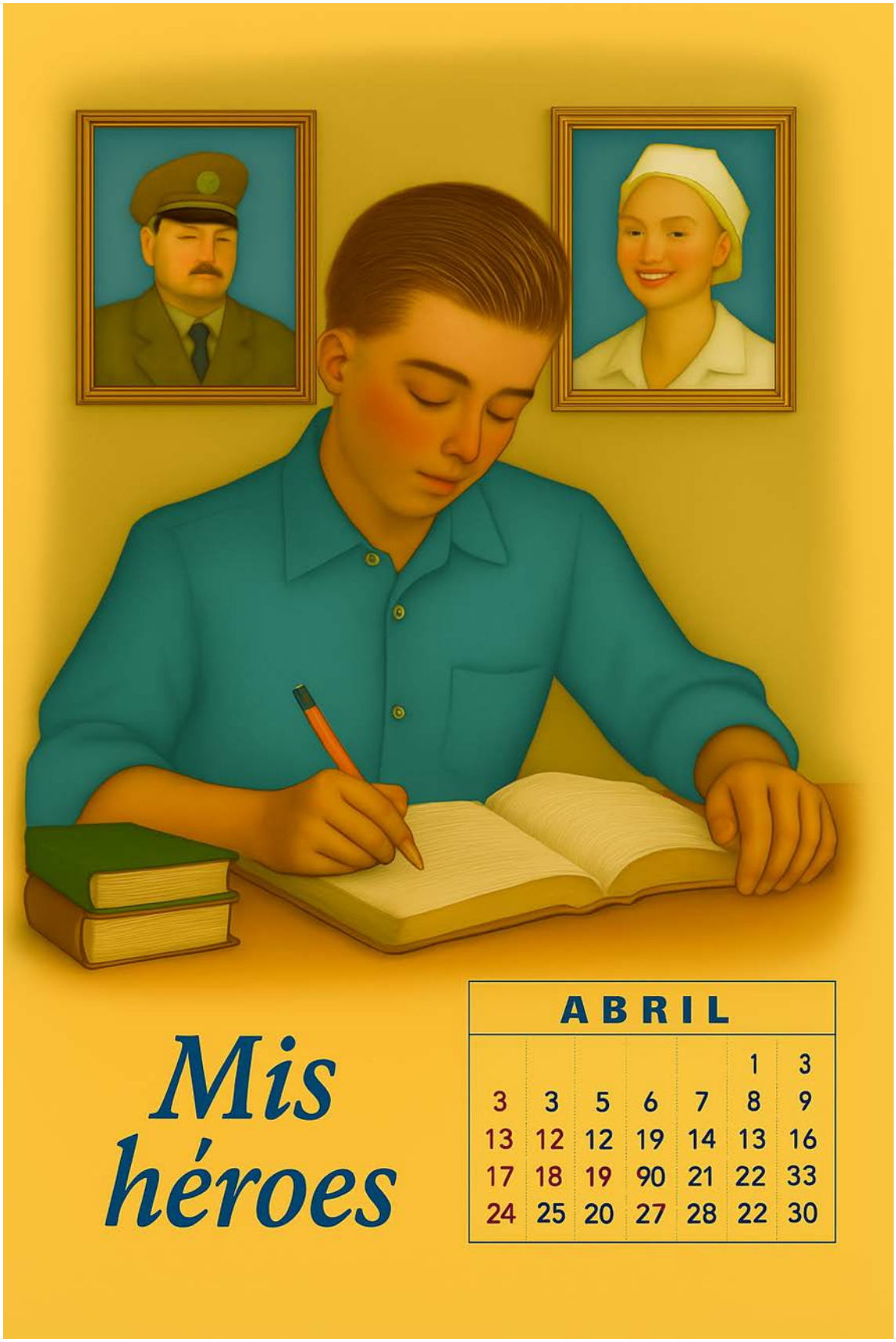
Enseñanzas de J. Silva – Símbolos y Descripción Visual

1. El bombillo representa las ideas o sugestiones implantadas en el hemisferio izquierdo del cerebro durante el reposo cerebral, mediante la concentración, meditación o hipnosis.
2. Corazón verde, dólares, y corazón rojo representan salud, dinero y amor. Las acciones logradas al usar el hemisferio derecho para lograr la felicidad verdadera

Moraleja:

Descubramos las inteligencias en nosotros y nuestros hijos y desarrollémoslas para vivir mejor y lograr la felicidad.




Mis héroes
ABRIL
1 3
3 3 5 6 7 8 9
13 12 12 19 14 13 16
17 18 19 90 21 22 33
24 25 20 27 28 22 30

Mis Héroes

Tener un modelo o héroe en la juventud es fundamental, pues orienta nuestras metas y búsqueda de felicidad.

En mi caso, mi padre y mi pareja fueron guías importantes, al igual que una canción que decía: "Tres cosas hay en la vida: salud, dinero y amor; quien las tenga debe agradecerlo, porque así podrá disfrutar plenamente**."**



Mi padre, Reynaldo Enriquez Quezada, no fue perfecto y tuvo diferencias con mi madre, pero alcanzó su meta de ser ingeniero por mérito propio. Su historia me inspira: perdió a su padre siendo niño y creció en una familia con recursos limitados.

Una tía que fue su maestra mencionó que era un estudiante destacado, con interés en las matemáticas y que ocupaba el primer lugar en su clase, mostrando una inclinación por la educación como medio para mejorar su situación económica.

Al finalizar la secundaria, decide postular a la Escuela Militar de Chorrillos y se traslada por carretera desde Puno a Lima para rendir los exámenes de admisión a dicha institución.

Al llegar a Lima, los familiares que debían recibirlo no se presentaron, por lo que decidió dirigirse a la escuela.

Al llegar a la institución, el capitán encargado de los registros le informó que los exámenes ya habían comenzado y le preguntó si había recibido la notificación del adelanto, a lo que respondió negativamente debido a que estaba en tránsito hacia Lima. En vista de ello, el capitán le ofreció rendir los exámenes y alojarse en la escuela, oferta que aceptó.

Los resultados demostraron su capacidad intelectual y física: obtuvo el primer puesto en su promoción, fue abanderado, se graduó como ingeniero militar, dirigió estudios en la escuela y alcanzó el grado de

general del ejército peruano, ganándose el respeto de sus superiores, colegas y estudiantes.

Como es evidente, no fue una persona perfecta; sin embargo, desarrolló las capacidades necesarias para alcanzar sus objetivos, ser un buen proveedor y servirnos de ejemplo en la consecución de los nuestros.

Personalmente, me sirvió de inspiración para seguir el camino que me llevó a ingresar a la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, graduarme como médico en San Fernando y contraer matrimonio con mi compañera de estudios, quien también es mi segundo héroe.

Posteriormente, perfeccioné mi formación en los Estados Unidos, donde residimos durante 50 años, ejerciendo la medicina y fundando el Concilio Hispano Americano de la Cultura, organización que lleva 45 años de actividad y cumple orgullosa y positivamente su misión de promover la cultura hispana mediante la educación y la difusión de nuestros valores culturales, promoviendo el respeto por nuestras diferencias y celebrando nuestras similitudes. En otras palabras, integración con educación, orgullo, y tradición



Rosa Elvira Documet Vásquez, mencionada previamente en la primera parte sobre héroes, fue una figura importante que contribuyó al logro de la meta de convertirme en médico a través de su ejemplo.

La conocí en Premédicas en 1954, cuando compartimos microscopio en la clase de biología debido al orden alfabético. Durante toda la carrera seguimos trabajando juntos en prácticas. En ese tiempo, ella ya destacaba como una laboratorista talentosa y dedicada a su futuro.

Rosa Elvira nació en Nauta, donde cursó la educación primaria en la escuela fundada por su padre, Felipe Ramón Documet Silva. Finalizó la secundaria en una institución nocturna en Lima, a la que llegó por tierra desde Nauta.

El viaje, que realizó junto a su hermano interesado en ingresar a la escuela de aviación, tuvo una duración de aproximadamente un mes.

Logró desarrollar su carrera profesional de manera autónoma. Durante el día trabajaba y por las noches se dedicaba al estudio.

Su trayectoria comenzó lavando botellas en la farmacia del Hospital Loayza, donde posteriormente trabajó y cursó estudios de Laboratorio en la escuela dirigida por el Dr. Mc Kenny.

Una vez finalizados sus estudios, obtuvo un empleo como laboratorista en el área de Sanidad de la Escuela Militar de Chorrillos, bajo la supervisión de los doctores E. Manrique y Escomel.

Debido a su interés en la medicina, se le permitió ajustar su horario laboral para asistir a las clases de Pre-Médicas en San Marcos y, posteriormente, de Medicina en San Fernando.

La admiración por su dedicación a la familia y sus logros me motivó a ayudarla compartiendo clases, que no podía atender, aunque al final aprendí más gracias a ella, ya que revisar juntos los apuntes en la biblioteca mejoró mi comprensión. Además, me ofreció trabajo en verano tomando muestras de laboratorio a quienes postulaban a la escuela Militar de Chorrillos. Nos enamoramos ayudándonos mutuamente, nos casamos al terminar la carrera y migramos a Connecticut, EE. UU., donde luego de revalidar y tras seis años de formación médica para poder trabajar, finalmente nos establecimos allí.

Rosa Elvira se especializó en Patología anatómica y clínica, ejerciendo durante treinta años en el hospital de veteranos de West Haven, CT.

Allí fue directora del servicio, lideró un equipo médico y administrativo, organizó conferencias regionales y fundó la primera escuela estatal de asistentes de patología, dirigiendo más de 80 tesis.

También participó como líder comunitaria en la creación del Concilio Hispano Americano de la Cultura de CT., una organización que actualmente promueve las culturas hispanas y la educación.

Además, dedicó tiempo a la crianza de nuestro hijo Daniel y cumplió con sus responsabilidades familiares. Realizó todas estas actividades

de manera constante y con actitud positiva, manteniendo un enfoque equilibrado en su vida personal y profesional.

También fue reconocida como el alma de su trabajo y en la escuela para asistentes de patología que fundó, así como en el Concilio, donde quienes la conocieron destacan su amistad, liderazgo y sus paellas saludables.

Moraleja:

Quien quiere, puede; pero para lograrlo se debe:

- Definir la profesión u oficio según tus habilidades y las necesidades del país. En Lima-Perú, los oficios de carreras tecnológicas son cortos y muy bien pagados, comparables o superior a los profesionales.
- Establecer un plan con metas a corto y largo plazo.
- Empezar de inmediato y evitar la procrastinación.
- Buscar becas o empleos que permitan estudiar sin descuidar tus estudios.

En resumen, dejemos de soñar y actuemos hoy, ya que el tiempo que tenemos para lograrlo y gozarlo es limitado.



León XIV. Ejemplo de “Quien quiere puede y la verdad es evidente por sí misma”





Lo que aprendí en el CMLP

Lo que aprendí en el Colegio Militar Leoncio Prado

Corría el año 1951, cuando mi padre, con la esperanza de encaminarme, fortalecer nuestra relación, y brindarme una buena educación, decidió inscribirme en el Colegio Militar Leoncio Prado (CMLP), ubicado en La Perla, Callao.

Con una beca en mano, ingresé a la VIII promoción (1951–1953), dispuesto a enfrentar los últimos años de secundaria bajo un régimen que combinaba disciplina férrea, formación moral y exigencia en el trabajo.

La disciplina no era solo una palabra, era una forma de vida. Cumplir normas y obedecer a las autoridades era esencial para mantener el orden escolar. Las consecuencias de desviarse eran claras: perder la salida de fin de semana, ejercicios nocturnos, etc. La libertad se ganaba con responsabilidad.

La Moralidad se nos inculcaba como el faro que debía guiar nuestras acciones. Recuerdo historias que han marcado a generaciones, como la del cadete Diulio Poggi, quien en 1946 fue agredido y murió por defender a una mujer embarazada (ver historia) https://youtube.com/shorts/tJVuEMcS-dY?feature=shared.

También resuena el nombre de Mario Vargas Llosa, cadete de la VII promoción, quien solo estuvo un año en el colegio, pero allí descubrió su vocación literaria, y años más tarde, su novela “La ciudad y los perros” retrataría con crudeza el bullying, el robo de exámenes, etc.. Ver resumen https://youtu.be/u8lY6KS_Dv0?feature=shared, y análisis https://youtu.be/MODkgGHDmYg?feature=shared

Mi ingreso como “perro” (alumno de tercer año) no fue tan agresivo como temía. Descubrí que entre los cadetes de quinto año estaba un pariente muy respetado: “El Chino Palao”. Su presencia me protegió. Años después, como general de la policía, sería temido por la delincuencia y respetado por la sociedad.

El colegio llevaba un registro del mérito académico y deportivo. Esto fomentaba el esfuerzo individual y el trabajo en equipo. El orgullo Leonciopradinos no se extinguía con la graduación... se convertía en parte de nuestra identidad.

Desde su fundación, el CMLP ha evolucionado. De un enfoque militar y escolástico, hacia una orientación más académica... disminuyendo los casos de acoso en parte gracias a la eliminación de cursos vacacionales, eliminando los estudiantes de bajo rendimiento y con mayor propensión al bullying.

Recomiendo el CMLP sin dudar. En tres años, aprendí a valerme por mí mismo, a trabajar en equipo y a recibir educación de calidad. Los maestros eran también profesores universitarios, y en quinto año recibimos evaluaciones psicológicas para orientar nuestra vocación.

Participamos en desfiles escolares y militares por Fiestas Patrias, como los que hoy se celebran en la avenida Brasil. Me enorgullece ver a tantos militares y profesionales de prestigio que pasaron por sus aulas.

Y cómo olvidar los mejoramientos de rancho… aquellos Tacu Tacus con carne de ballena que, aunque insólitos, sabían a gloria.

🔥 Conclusión

El Colegio Militar Leoncio Prado no fue solo un lugar donde cursé la secundaria. Fue un crisol donde se templó mi carácter, donde aprendí que la verdadera fortaleza no está en la rigidez del uniforme, sino en la capacidad de adaptarse, resistir y actuar con honor, incluso en los momentos más duros.

Allí descubrí que la disciplina no es castigo, sino una herramienta para construir respeto; que la moralidad no es teoría, sino el coraje de defender lo justo; y que el trabajo no es obligación, sino el camino hacia el orgullo personal y colectivo.

Hoy, cuando veo a los cadetes marchar por la avenida Brasil, GRAN PARADA Y DESFILE CÍVICO MILITAR 2025 , siento que cada paso resuena con los ecos de generaciones que, como yo, aprendieron que la vida no se trata de evitar las batallas, sino de enfrentarlas con

dignidad. Porque ser Leonciopradino no es solo haber pasado por sus aulas, es llevar en el alma un legado de honor, valor y perseverancia.

Y si alguna vez la vida te pone a prueba, recuerda esto: en el gris de la incertidumbre, el que ha sido formado en el fuego de la disciplina y los valores, siempre sabrá cómo encontrar su camino.

Epílogo

Espero que los relatos aquí compartidos hayan sido de su agrado y hayan logrado evocar memorias propias: momentos dulces, difíciles, transformadores. Cada experiencia narrada es una invitación a reflexionar sobre el pasado y descubrir nuevas perspectivas sobre el significado de nuestras historias personales.

Esta edición también aspira a tender puentes entre generaciones, celebrando los cambios que todos atravesamos y fomentando el intercambio respetuoso de vivencias y valores. Como enseñó Stephen Covey, la madurez no se alcanza en soledad, sino en la interdependencia: cuando aprendemos a crecer juntos, desde el respeto y la colaboración.

Gracias por recorrer conmigo estos paisajes de memoria. Que cada historia les haya susurrado algo íntimo, y que el eco de los valores aquí compartidos les acompañe como una brújula serena en su propio viaje. Que descubran, como propuso Howard Gardner, las múltiples inteligencias que habitan en ustedes y en sus seres queridos, y las cultiven como fuentes de bienestar y propósito. Que exploren su otro yo, su subconsciente, como enseñó José Silva, para obtener intuiciones, resolver problemas y mejorar la calidad de vida.

Como nos recordó Charles Darwin, la vida es evolución: no solo biológica, sino también emocional, ética y espiritual. Cada recuerdo aquí compartido es una adaptación, una respuesta creativa a los desafíos del tiempo. Y como sugiere J. Andrés Oppenheimer, el futuro exige que esa creatividad esté al servicio de la educación, la ética y la esperanza.

La música de Sciamarella, presente en los boleros y silencios de mi infancia, también acompaña este cierre: porque la vida tiene ritmo, armonía y disonancia, y cada lector puede afinar su propia melodía.

Si han llegado hasta aquí, es muy probable que entre estas páginas hayan encontrado relatos e imágenes que despertaron sus propias memorias. Quizás incluso el deseo de contarlas.

Para mí, escribir e ilustrar este libro fue un viaje fascinante. Me permitió revivir recuerdos dormidos que florecieron gracias a la tecnología que hoy nos rodea, nos reta… y también nos conecta.

Ojalá que, en un futuro no muy lejano, volvamos a encontrarnos en mi próximo flipbook: Nuestro Sueño Americano. Una recopilación de los 50 años que mi esposa Rosa Elvira y yo vivimos en Estados Unidos, practicando medicina… y aprendiendo que el verdadero éxito se mide en amor, servicio y tiempo compartido.

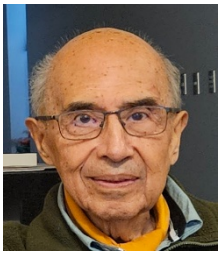
O quizás, cuando viajar en el tiempo sea posible, nos reencontremos en un mundo guiado por la comprensión y el conocimiento… más que por el poder y la corrupción que hoy amenazan la felicidad que todos merecemos.

Hasta pronto, estimados lectores. Que sus historias florezcan, y que el recuerdo sea siempre un puente hacia el corazón. “Y si algo deseo para ustedes, mis lectores y mi familia, es lo que canta esta melodía: salud, dinero y amor…”

https://youtu.be/cR_-ruRcQjY?si=8t68j85SENf6ITGv



Información acerca del autor



El Dr. Alfonso Enríquez Palao, es un pediatra peruano de vocación temprana y corazón agradecido.

Su formación comenzó en colegios católicos, siguió en el Colegio Nacional José María Eguren y en el CMLP, y culminó en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, donde se graduó como médico en 1962, en la querida Escuela de Medicina de San Fernando.

En 1964 partió rumbo a Estados Unidos en busca del sueño americano. Allá revalidó su título y durante los siguientes cuatro años completó su entrenamiento como interno y residente en medicina y pediatría. Luego, dos años más de especialización en endocrinología pediátrica en la Universidad de Yale.

Tras aprobar los exámenes estatales, ejerció pediatría en Grove Hill Clinic de New Britain, Connecticut, donde atendió a una comunidad vibrante y diversa: muchos latinoamericanos —incluyendo peruanos— que enfrentaban dificultades como la falta de documentos, diferencias idiomáticas, y retos culturales, económicos y laborales.

Esa realidad le tocó profundamente y en 1980, junto a su esposa, la Doctora Rosa Elvira Documet, y líderes de numerosos clubes latinoamericanos de Connecticut, fundaron el Concilio Hispano de la Cultura.

Su misión —que aún vive— con el lema “Conocernos y hacernos conocer promoviendo nuestros valores culturales, impulsando la educación universitaria, respetando nuestras diferencias y gozando de nuestras similitudes”.

Entre 1964 y 2015, después de medio siglo fuera del Perú, regresó junto a su familia movido por el cariño, por razones de salud y por resonancias emocionales profundas: como la canción “Todos vuelven a la tierra donde nacieron”

https://youtu.be/F5qNvyqOD5A?si=8fex0hS4ye8Pr0zV

Aproximadamente en 2020, los 85 años, despertó en él un renovado interés por escribir, impulsado por el deseo de transmitir memorias, valores y reflexiones que puedan acompañar a su familia y a todo lector que busque sentido en su propia historia.

Hace dos años, en 2023 enfrentó una operación por cáncer de la cabeza del páncreas y descubrió que padecía de pancreatitis crónica. Esa experiencia, dura pero reveladora, reafirmó su compromiso con la vida, con la memoria y con el deseo de dejar un legado que trascienda el cuerpo.

Hoy, a los 90 años, continúa este camino con entusiasmo, convencido de que la edad no limita la creatividad, sino que la afina.

Escribir se volvió entonces no solo una vocación tardía, sino una forma de sanar, de agradecer y de acompañar.

Y los deja con este conjunto de seis emblemas que representan:













- Su raíz peruana profunda, que muestra su origen y retorno.
- Su formación disciplinaria, adolescencia marcada por valores de honor y deber.
- Su vocación médica, inicio de la carrera profesional y orgullo académico.
- La migración, ciudadanía e integración en una nueva nación.
- La especialización médica y realización profesional.

- Su compromiso comunitario, legado cultural y construcción de puentes entre culturas.

Finalmente, si la vida se lo permite, espera también escribir las memorias de su experiencia como pediatra, y las de su señora como patología en Estados Unidos, donde alcanzaron, en parte, ese sueño americano que tantos evocan, pero que pocos pueden narrar desde la experiencia vivida.


Fin

Constancia de autoría

Con gratitud y esperanza, dejo constancia de mi autoría en estas páginas que recogen los ecos de mi infancia y juventud. Cada relato es un puente entre memorias vividas y sueños compartidos. Que esta firma sea testimonio de un legado que nace del corazón y busca resonar en el alma de quienes lo lean.

Firma electrónica:

Alfonso Enríquez

Autor de Cuentos de mi niñez y Relatos de mi Juventus

Lima, Perú

14 de octubre de 2025

✍ *Firma digital: AE-141025-CMN-RJ*



Salud que late,
amor que guía,
prosperidad que
florece bajo las estrellas.